

XIV Jornadas de Sociología
Facultad de Ciencias Sociales – UBA
1 al 5 de noviembre de 2021

Eje 4. MESA 156: “Guerra y sociedad. Carácter performativo, metáfora bélica y análisis histórico-concretos”

Notas sobre *Sociología de la guerra* de Orestes Araújo, profesor del Instituto Militar de Estudios Superiores de la República Oriental del Uruguay (1947/1954)

Autor: Pablo Augusto Bonavena

Orestes Araújo se doctoró en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de la República, donde también fue profesor. Ocupó lugares importantes en el sistema judicial uruguayo y su actividad docente en el área de la Sociología lo llevó al cargo de profesor del Instituto Militar de Estudios Superiores de Montevideo. Entre 1947 y 1954 impartió un curso sobre “Sociología de la guerra” que finalmente se plasmó en un libro con el mismo título. En 1945 el escrito logró el primer premio del concurso sobre obras de Sociología convocado por la Facultad donde ejercía. La presente ponencia analiza y comenta los alcances de ese trabajo publicado por el Centro Militar del Uruguay en 1956, ya que contiene una iniciativa pionera en Sudamérica dentro de la sociología especial que hace de la guerra su objeto de investigación y reflexión.

- I -

Con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial, proliferaron algunas iniciativas académicas para enlazar a la sociología con el estudio de la guerra y de cuestiones militares. Se buscaba terminar con un desapego que venía de los primeros balbuceos de la sociología.¹ La ausencia

¹ Losurdo, Doménico (2016); *Un mundo sin guerras. La idea de paz, de las promesas del pasado a las tragedias del presente*. España: El Viejo Topo. Capítulo 5 (pp. 169/197).

del tema en el campo sociológico, evidentemente, contrastaba con la alta presencia social del fenómeno.

Una de las respuestas más importantes fue el desarrollo de la sociología militar, que se perfiló con fuerza a partir de la década del cincuenta con Morris Janowitz y Samuel Stouffer como pioneros. Charles Constantine Moskos, sociólogo de las fuerzas armadas norteamericanas, también merece un lugar dentro de este conjunto, al igual que Charles Wright Mills, con un aporte desde una perspectiva crítica.²

Otro de los intentos por subsanar el problema fue encarado por Gaston Bouthoul, quien en 1945 fundó el Instituto Francés de Polemología, dedicado al estudio sobre la guerra y la paz.³

En América Latina una de las iniciativas relevantes provino del sociólogo español José Medina Echavarría. En su estadía en México impulsó el tema desde el Centro de Estudios Sociales inscripto en El Colegio de México. Fundó este instituto con Daniel Cosío Villegas y dio comienzo a sus actividades precisamente con un “Seminario sobre la guerra” en abril de 1943.⁴ En el área rioplatense, el emprendimiento encontró dos mentores. Del lado argentino, encontramos la producción del militar Benjamín Rattenbach, que escribió y publicó *Sociología de la guerra* en 1959.⁵ En Uruguay ese lugar lo ocupó Araújo con su actividad docente y el libro que vamos a analizar.

² Malamud, Marina (2013); “Sociología militar”; en *Boletín del Centro Naval*. No. 837. Septiembre/diciembre. Buenos Aires; Argentina (pp. 383/388). Hay un buen panorama sobre sociología militar: Shields, Patricia M. (2020); “Dynamic intersection of military and society”; in Sookermany A. (eds); *Handbook of Military Sciences*. Springer, Cham. https://doi.org/10.1007/978-3-030-02866-4_31-1. Wright Mills, Charles (1969) [1956]; *La élite del poder*. México: FCE.

³ Molina Cano, Jerónimo (2014); “Gaston Bouthoul y el fenómeno-guerra”; en *Revista Brasileira de Estudos Políticos*. No. 19. Belo Horizonte. Julio/diciembre; p. 199 (pp. 197/224). Molina, Jerónimo (2008); “El polemólogo Gastón Bouthoul”, en Horacio Cagni (comp.); *Conflicto, Tecnología y Sociedad*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Lomas de Zamora.

⁴ Morales Martín, Juan Jesús (2017); “Guerra y totalitarismo en un seminario de El Colegio de México (1943). Aproximaciones al pensamiento de José Medina Echavarría”; en *Bajo Palabra. Revista de Filosofía*. II Época. N° 13. Servicio de Publicaciones de la Universidad Autónoma de Madrid (pp. 89/105). En: <https://revistas.uam.es/bajopalabra/article/view/8012>.

⁵ Rattenbach, Benjamín (1959); *Sociología militar. Una contribución a su estudio*. Buenos Aires: Círculo Militar. Véase, Mosiewicki, Francisco (2020); “De la expertise al pensamiento crítico: la producción intelectual del Teniente General Benjamín Rattenbach. Argentina, 1951-1984”; en *Contenciosa. Revista sobre violencia política, represiones y resistencias en la historia iberoamericana*. Año VIII. No. 10. Facultad de Humanidades y Ciencias. Universidad Nacional del Litoral.

- II -

Orestes Araújo diseña un “método de exposición” dividido en tres partes de distinta extensión. La primera trata de “Fundamentos y método” dirigidos al estudio de la guerra; la segunda refiere a la “Generalidad, forma y ritmo de la guerra”. La tercera se titula “Etiología y efectos de la guerra” y se encuentra a su vez organizada en tres secciones: “Condiciones materiales de la guerra”, “Elementos etiológicos y efectos de la guerra” y, la más breve, “Condiciones impeditivas de la guerra”.

Araújo abre el primer apartado del libro mencionando la obra de Pierre-Joseph Proudhon titulada *La guerra y la paz. Investigaciones sobre el principio y la constitución del derecho de gentes* (1861). Recurre a en una referencia obligada a la hora de buscar los cimientos del poco definido campo de acción de la sociología de la guerra.⁶ Se remonta hasta allí para comenzar un recorrido de cuño propio por esta sociología especial. Encuentra en aquel libro que tanto entusiasmó a León Tolstoi, al punto que le pidió permiso a Proudhon para utilizar el título en su afamada novela, un diagnóstico acerca del estado del conocimiento referido a la guerra. En esa época, el mentor del anarquismo encontraba un déficit considerable. Araújo extiende esa evaluación casi noventa años después, para esgrimir unas primeras recomendaciones con el fin de poder estudiar la guerra con rigor y subsanar la deficiencia. Postula emanciparse de todo conocimiento que no esté respaldado en un método, y así, luego de ese desprendimiento, avanzar hacia la meta: procurar que la sociología incorpore la guerra en su esfera de actuación. Advierte que la empresa es dificultosa, pues no sólo operan en contra los prejuicios contra la cruel actividad militar. Emergen también problemas de competencia con otras ramas del saber humano, en particular con la historia. El docente del instituto militar uruguayo sostiene que la historiografía siempre estuvo ligada al tema de la guerra y defiende con tenacidad su jurisdicción sobre él. Empero, durante el siglo XIX, vio socavada su hegemonía por la novel sociología, y la disputa se agudizó con los años. Desde la historia se discute la legitimidad de la sociología para estudiar la guerra. La tirantez entre disciplinas todavía perdura. Araújo dice que esto obedece a que la historia presenta titubeos

⁶ En lo tocante al lugar de Proudhon dentro de la sociología y para conocer aspectos de su visión sobre la guerra y la paz consultar Bonavena, Pablo A. (2018); “¿El destino del hombre en la tierra es el de un soldado? La contribución de Proudhon a una sociología de la guerra y la paz”; en *Actas de las X Jornadas de Sociología*. Departamento de Sociología. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP. En: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.11389/ev.11389.pdf.

para generalizar explicaciones desde sus pesquisas. Estas dudas favorecen las pretensiones explicativas de perfil sociológico que reclaman una porción de soberanía sobre el asunto, para llenar el vacío.

Claro que Araújo, en paralelo, visibiliza inconvenientes que provienen de las propias entrañas de la sociología, moldeada inicialmente por una idea del progreso que, estima, debía ser superada. Explica que esa perspectiva fue adoptada en la sociología para negar la idea que concibe la permanente repetición de la historia. La concepción del progreso acogida por la sociología, si bien admite que de modo recurrente hubo guerras, arguye que no es necesario que las haya siempre. No existe en la hoja de ruta de la humanidad una ineludible condena a replicar de manera eterna el fenómeno. Araújo hace presente la contraposición entre la explicación cíclica del cambio social y una concepción evolutiva propia de la filosofía de la historia, que en el campo sociológico dibuja un derrotero que parte de una sociedad militar y se enfila hacia una sociedad pacificada. Araújo dimensiona que esa postura requiere ser arrumbada.

Para la sociología no cabe admitir que la humanidad pase sucesivamente por las edades divina, heroica y humana (Vico), o un tipo coactivo militarista a otro industrial cooperativista (Spencer), o de una solidaridad mecánica a una solidaridad orgánica (Durkheim) y que en cada uno sea diferente la intensidad e importancia de la guerra, que iría disminuyendo para desaparecer finalmente en ese porvenir idílico que todos los filósofos de la historia ponen como meta de su perspectiva de la sociedad.⁷

Araújo llama a abandonar ese supuesto que procura ubicar la guerra en una época específica de la línea directriz del avance histórico, que emparentó a la sociología inicial con un desenvolvimiento unilateral de la humanidad encaminado a un futuro en paz. Liberada de esa carga, proyecta una sociología despegada del estilo de indagación que se utiliza en historia, circunscripto a la descripción y explicación concreta de un acontecimiento. Asimismo, invita despegar a la sociología de la especulación metafísica o moral que suele derivar en la apología o en el repudio de la guerra. Araújo aduce que estos pareceres devienen en un obstáculo epistemológico para la exégesis científica. De igual manera, registra la presencia de un conocimiento sobre la guerra acuñado con un sentido práctico, condensado en las elaboraciones sobre la táctica y la estrategia propias del ámbito militar profesional, lo cual también dista de las pretensiones científicas de la sociología. Frente a estas y otras ópticas

⁷ Araújo, O.; op cit; p. 26.

para abordar el estudio de la guerra, incluida la psicología individual, Araújo adjudica una mirilla más amplia a la sociología y, por ende, pone en ella una mayor expectativa para la comprensión del fenómeno. El profesor uruguayo niega que tengan razón quienes manifiestan que la sociología de la guerra ostenta un camino promisorio por la impronta que tiene la disciplina desde su origen. Reconoce que los autores clásicos de la disciplina han realizado aportes útiles para el estudio de las conflagraciones, pero que no lograron desplegarse en una sociología específica. En tal sentido menciona a Auguste Comte, Herbert Spencer, Karl Marx y Gabriel Tarde. Sobre esa base, reflexiona:

Pudo, sin embargo, constituir la obra de los sociólogos clásicos el punto de arranque de una investigación ulterior de las guerras, en la misma forma que sucedió con los demás problemas de la sociología. No ocurrió sin embargo así. La generalizada creencia de los hombres de la segunda mitad del siglo XIX de que después de las guerras motivadas por el industrialismo sucedería una era de pacifismo desvió la correcta consideración del problema. Se estudió solamente si las guerras habían o no disminuido, si se habían humanizado, y se procuraba de preferencia establecer quiénes eran los culpables, despreocupándose de sus causas, móviles y fines. Se explica así que, en el año 1901, la biblioteca de la oficina Internacional de la Paz tuviera más de 2000 títulos, todos apologistas, moralistas o detractores de la guerra, con exclusión de investigaciones sociológicas.⁸

El proyecto de Araújo plasmado en el libro pretende abordar la tarea pendiente. Antes de avanzar, no obstante, resulta menester detenerse en un recuento que Araújo ofrece al lector para presentar cierto estado del arte sobre el vínculo entre sociología y guerra.

Araújo acentúa que, entre fines del siglo XIX y principios del siglo XX, surgieron algunos estudios sobre las guerras. Destaca de ese periodo a Jacques Novicov (*La guerra y sus pretendidos beneficios*, 1894) y al antropólogo Charles Letourneau y su obra *La guerra en las diversas razas humanas* (1895), a la que califica como un primer ensayo de “sociología genética de las guerras”.⁹ Ya en el siglo XX, menciona a Sebald Rudolf Steinmetz (autor de *Filosofía de la guerra* y *La guerra, medio de selección colectiva*, ambas obras de 1907);¹⁰ al capitán André Nicolas Constantin (*El papel sociológico de la guerra y el sentimiento*

⁸ Araújo, O.; op cit; p. 36

⁹ Si bien de base tenía formación en antropología, incursionó en varias oportunidades por la sociología. La sociología genética a comienzos del siglo XX remitía al estudio del origen de la sociedad y los fenómenos que la promovieron. Analiza las funciones del “embrión social”, por eso Maximo Kovalewsky, tal vez la principal autoridad en sociología del Imperio ruso, la llamada “embriogenia social”. Cosentini, Francisco (1901); *La sociología genética*. Madrid: Daniel Jorro Editor; p. 3.

¹⁰ Este autor tiene otras dos obras sobre la temática: “*La guerra es un problema sociológico*” (1899) y “*Sociología de la guerra*” (1929).

nacional, de 1907); a Jean Lagorgette (*El porqué de la guerra*, 1906)¹¹ y a Norman Angell (*La gran ilusión*, 1909). Posteriormente, Araújo marca la crisis que sobrevino a las visiones pacifistas por efectos de la Gran Guerra, y si bien advierte el impacto estimulante del sangriento conflicto para la producción de reflexiones y escritos referidos a las peripecias bélicas, no observa que esa extendida labor tenga un “marcado tono sociológico”. En cambio, sí realza la obra de Maurice R. Davie *La guerra en las sociedades primitivas, su papel y su evolución* (1931) como una de las excepciones de inclinación sociológica. Caracteriza este libro como un estudio serio, objetivo y documentado de la sociología genética de la guerra. Menciona, asimismo, los trabajos presentados en el X Congreso del Instituto Internacional de Sociología de 1930;¹² e incluso recupera al “Seminario colectivo sobre la guerra” dictado en el Centro de Estudios Sociales de El Colegio de México, celebrado en abril de 1943 por el impulso del sociólogo español José Medina Echavarría.¹³ Pero es a partir de 1940 que Araújo reconoce la aparición de bases más sólidas para una sociología de la guerra, con dos referencias de primera importancia: *Un estudio de las guerras* de Quincy Wright (1942) y los escritos de Gaston Bouthoul, a quien cita profusamente en su propio libro.

Desde estos trazos generales, Araújo busca precisar el objeto de estudio y fundamentar de manera específica su carácter social. Para ello, como bien observa Benigno Mantilla Pineda, Araújo tiene predilección por acervos teóricos franceses, en una línea de continuidad que, con ondulaciones, eslabona a Émile Durkheim, Marcel Mauss y Gaston Bouthoul.¹⁴ Con este armazón, realiza ciertas consideraciones para establecer si la guerra cumple con los requisitos del hecho social como fenómeno colectivo.

¹¹ Otra obra interesante donde Jean Lagorgette saborda el tema es “*Le Rôle De La Guerre: Étude de Sociologie Générale*” de 1906.

¹² “El X Congreso, celebrado en Ginebra, abordó el tema de la guerra desde un punto de vista sociológico. Encontramos presentaciones tituladas “Nota sobre la sociología de la guerra”, “Las migraciones como factores de guerra y paz”, “Problemas de las minorías”, “Limitaciones sociales y guerra”, “Iglesias y paz”, “Derecho de gente”, “Los factores políticos y económicos de la guerra y la paz” y “Los sindicatos y la paz”. Schuerkens, Ulrike (1996); “Les Congrès de l’Institut International de Sociologie de 1894 à 1930 et l’internationalisation de la sociologie”; in *International Review of Sociologie*, Volume 6, Issue 1 (pp. 7/24).

¹³ Morales Martín, Juan Jesús (2017); “Guerra y totalitarismo en un seminario de El Colegio de México (1943). Aproximaciones al pensamiento de José Medina Echavarría”; en *Bajo Palabra. Revista de Filosofía*. II Época. No. 13. Servicio de Publicaciones de la Universidad Autónoma de Madrid (pp. 89/105). En: <https://revistas.uam.es/bajopalabra/article/view/8012>.

¹⁴ Mantilla Pineda, Benigno (1959); “Reseña: Sociología de la guerra. Orestes Araújo. Universidad de Montevideo. 1959”; en *Comentarios de libros, Fichero bibliográfico. Revista Estudios de Derecho*. Vol. 18. No. 56; p. 228. Facultad de Derecho y Ciencias Políticas. Colombia: Universidad de Antioquia (pp. 228/246).

La guerra, como que es un hecho social de grupo, es un hecho estadístico y numerable, implica un número determinado de participantes, se presenta con una cierta frecuencia y se repite en el tiempo. Pero, además, es un hecho histórico. Toda la guerra es un momento en la historia de un grupo de hombres, es el fin o el comienzo de una o varias series. En suma, la guerra, lejos de ser un fenómeno esporádico, limitado en el espacio y restringido a ciertos individuos del grupo, es un hecho mayor, un fenómeno fundamental que alcanza al grupo entero, mandando las actividades desde tiempos de paz, y rigiendo toda la vida social durante el combate e incluso después del cese de las hostilidades por consecuencias durables y profundas.¹⁵

Araújo calibra en la guerra un hecho social de enorme escala debido a las modificaciones que produce en la vida colectiva, con una magnitud que no se puede equiparar a otras pugnas o litigios frecuentes en el sistema social. Por tal motivo diferencia a la guerra de otras disputas, en especial de la revolución. Arguye que toda revolución reúne a un conjunto de personas que anhelan una vida más justa a futuro; enfrenta a dos grupos con ideas divergentes, pero que conviven integrados a una formación social superior que los involucra por igual. La guerra, en cambio, contrapone a grupos socialmente desvinculados, no integrados en una misma comunidad. También tiene como objetivo el aniquilamiento o la desaparición del adversario. En la revolución, en cambio, está en disputa el tipo de integración en una misma forma de organización social más equitativa. Vemos, así, que Araújo deja a la revolución fuera de las fronteras de la guerra y replica aquel modelo que, ante todo, identifica a la guerra con las confrontaciones entre Estados. En este encuadre la define como “la destrucción, querida, meditada y colectivamente emprendida, de los hombres por sus semejantes”.

Luego de delinear el carácter colectivo y social de la guerra, Araújo enumera algunas diferencias entre la sociología y otros enfoques disciplinares. A continuación, sitúa a la guerra como objeto de indagación dentro del desarrollo histórico general de la sociología. Alcanzados estos objetivos, procura hacer algunos miramientos metodológicos. Al respecto muestra un fuerte apego a la autoridad teórica de Durkheim y de Bouthoul, a quien estima por ser el primero y más penetrante expositor de una metodología para el estudio de la guerra y, al mismo tiempo, por demostrar “un conocimiento correcto del fenómeno bélico”.

Afirma que la conformación de una perspectiva científica para conocer la guerra obliga a pasar de la etapa descriptiva a la etapa explicativa. Propone, entonces, un método inductivo experimental fundado en la comparación histórica. Recomienda, conforme a lo dicho, la

¹⁵ Araújo, O.; op cit; pp. 40 y 41

formulación de tipos. Esta alternativa teórica y metodológica, acredita Araújo, requiere de un paso previo: entrar en contacto con el hecho. Para ese fin, en primer lugar, traza una serie de parámetros para el manejo de las fuentes de información. Incita, en un principio, a ensayar una descripción. En segundo lugar, insta a dilucidar la intención de los contendientes (psicología de los adversarios) y conocer su propósito o sus razones para trabar la lucha. En tercer lugar, sugiere poner la lupa sobre los eventos bélicos en particular recurriendo a los datos contruidos por los historiadores. En cuarto lugar, exterioriza la necesidad de leer las opiniones o doctrinas sobre la guerra generadas por filósofos y moralistas. También aconseja recurrir a la raíz del fenómeno bélico primitivo, para seguir luego el hilo que lo enlaza con las guerras de los “pueblos civilizados”, sin perder de vista el aspecto de la densidad de los lazos entre personas, que no siempre está sujeto a la mera cronología del despliegue de la organización humana: a veces las sociedades de varios siglos atrás, como ocurre con el Imperio Romano, pueden tener más extensión y abigarramiento que otros pueblos más cercanos en el tiempo. La complejidad social, aclara, no sigue una evolución rectilínea, ordenada en una línea de acumulación simple.

En las sociedades complejas, la enorme interferencia de las relaciones colectivas, obsta a una determinación clara y precisa de las causas y efectos de la guerra, los que se hallan envueltos y confundidos en la tupida madeja de los vínculos sociales, o bien por la presencia de factores desconocidos en las sociedades elementales... Por el contrario, en las sociedades elementales, de menos densidad y volumen, las causas que llevan a las guerras se presentan algo más despojadas de otras relaciones sociales y es posible entonces, como en un laboratorio se observa un fenómeno natural separado de la organización y forma que complica su análisis, determinar más simplemente la estructura, causas y efectos de las guerras.¹⁶

Con precaución a propósito del grado de desarrollo social y la dinámica específica de las conflagraciones, Araújo concibe a la investigación histórica como una cantera para instaurar un instrumental conceptual unitario representado por una tipología de las guerras. Para este objetivo se debe apreciar, justifica, los hábitos bélicos de los pueblos sin dejar de lado, por ejemplo, el dato sobre la existencia de comunidades que no practicaron la guerra.

Sigue *Las reglas del método sociológico* de Durkheim cuando infiere la morfología social, que tiene como cometido forjar y clasificar tipos sociales. Comparte aquella opinión que atribuye a esos tipos ser “ya verdaderas leyes de estructura que establecen la existencia, en

¹⁶ Araújo, O.; op cit; p. 54

sociología como en biología, de correlaciones orgánicas entre los diversos elementos de un tipo, por manera que, habiéndose dado los unos pueden inferirse los otros”.¹⁷

A pesar de ello, Araújo formula la necesidad de superar toda etapa descriptiva, ingresar a la pesquisa de los factores que producen las guerras y focalizar la atención en descubrir las funciones de las conflagraciones en el conglomerado social. En el buen camino, exhorta al uso de dos principios lógicos: “el de la causalidad y el de la finalidad”. Claro que, dentro de las ciencias sociales, en relación a la finalidad, se requiere una puntualización. Araújo apostilla que debe desdeñarse aquella postura que considera a la guerra un fin en sí mismo, como suelen hacer sus apologistas.

Respecto de las causas de las guerras, Araújo acepta que son más difíciles de averiguar que sus efectos; sin embargo, tal como aconseja Durkheim, la investigación debe ser encarada desde la cuestión causal. La guerra, en consecuencia, demanda ser desentrañada a partir de los factores que la producen y, acto seguido, deben evaluarse las derivaciones que imprime en el orden social, pues se trata de un recorte de la realidad. Dada la complejidad del fenómeno, inicialmente se requiere estudiar las condiciones materiales (los factores geográficos; los cualitativos, como las razas y el sexo; los cuantitativos, como la población; y los aspectos bióticos) y los elementos técnicos intervinientes. Luego se continúa con la localización de los protagonistas y su organización política, económica, religiosa y psicológica. Finalmente, se revisan los aspectos morales y jurídicos que enmarcan los enfrentamientos militares. Vemos que el método de exposición de Araújo coincide con el guion teórico y metodológico que propone para la investigación.

- III -

Araújo certifica que la guerra es una práctica que ha ocupado un lugar preponderante en la historia humana. En la segunda parte del libro, entonces, se pregunta si es viable pensar que

¹⁷ Araújo, O.; op cit; pp. 55 y 209. El párrafo entre comillas corresponde a Cuvilier, A (1950); *Manuel de Sociologie*. París: Presses Universitaires De France; p, 315.

la conducta guerrera depende de causas naturales. Para responder, escudriña sobre las supuestas prácticas guerreras más allá del mundo humano, y el sondeo arroja conclusiones firmes. En las especies biológicamente superiores no hay signos de guerras o de sucesos equiparables. Las escasas manifestaciones belicosas se circunscriben a los “animales socializados” que fabrican sus alimentos (como las hormigas o las abejas). Más allá de los insectos, no se encuentran actitudes guerreras: “la guerra en su sentido estricto, o sea la que pone en contacto a grupos adversos, es una excepción en los animales irracionales y, en los casos que se produce, supone necesariamente una solidaridad entre los individuos que componen el grupo combatiente”.¹⁸

La guerra en el “ámbito animal no humano” tiene motivos económicos, ya que se buscan bienes elaborados y almacenados de otros agregados del mismo carácter. La organización de estos conjuntos tiene una estructura jerárquica, una estricta división del trabajo y en ellas no hay propiedad individual. Claramente la propiedad es colectiva.

Las precedentes consideraciones extraídas de las guerras animales permiten, además, ratificar el repudio de aquellas concepciones metafísicas que quieren ver en la guerra una ley natural. Solo excepcionalmente se da en el mundo animal y cuando ello ocurre, es porque median condiciones especialísimas, derivadas no tanto de la naturaleza misma de los individuos cuanto de su organización colectiva, o sea, carece de los atributos de universalidad y generalidad inherentes a los fenómenos regidos por una ley natural.¹⁹

Descartado el carácter natural de la guerra, Araújo ahonda la cuestión dentro de las sociedades humanas a partir de un interrogante: ¿siempre hubo guerras? Esta pregunta provoca distintas respuestas dentro del pensamiento político y la filosofía social. Ubica a Jean-Jacques Rousseau o Charles Louis de Secondat Montesquieu como detentores de aquella idea que identifica los inicios de la humanidad con condiciones de libertad, igualdad y concordia. Por el contrario, nuestro autor argumenta que desde los momentos más remotos el hombre ha combatido persistentemente. Se apoya en la autoridad de Maurice R. Davie y, con ese aval, juzga que “no es aventurado decir con Spencer que en la vida de los salvajes y bárbaros los acontecimientos dominantes son las guerras”.²⁰

¹⁸ Araújo, O.; op cit; pp. 68 y 69.

¹⁹ Araújo, O.; op cit; p. 71.

²⁰ Araújo, O.; op cit; p. 72. Davie, Maurice R. (1931); *La guerre dans les sociétés primitives: son rôle et son évolution*. París: Payot.

Araújo indica que la guerra resulta un fenómeno generalizado en la historia y que son pocos los pueblos que no la han practicado, circunstancia que se corresponde con algunas características, también muy específicas, que son la base material de su pacifismo: la ausencia de conglomerados humanos importantes y unas condiciones de vida muy difíciles, como ocurre con los esquimales o los lapones. Añade la mirada de Georg Simmel que, en *Sociología: estudios sobre las formas de socialización* (1908), correlaciona la ausencia de actitudes guerreras de los pueblos con la ausencia de una organización centralizada y del despotismo como forma de gobierno, singularidad que hace imposible la predisposición a combatir. En contraste, la historia demuestra que la guerra tiene un gran peso en la organización social, realidad que habilita a profundizar sus aspectos morfológicos, reflexión que sigue de cerca la exposición presentada por Bouthoul en el *Tratado de Polemología*.²¹

Para avanzar en esta dirección, Araújo manifiesta que la guerra emerge en la historia humana bajo múltiples formas y plantea que existen criterios polifacéticos para clasificarlas. Repone la tipología elaborada por Jean Lagorgette quien, a partir del objetivo que persigue uno de los beligerantes, distingue tres formas de guerras internacionales: las de intervención, que sirven para defender o hacer prevalecer dentro o fuera de un país ciertos principios políticos; las de equilibrio, que constituyen el procedimiento primordial de la política europea; y las de independencia. Araújo agrega un tipo de guerra interna al Estado que denomina “guerras civiles” o “nacionales” y que describe los conflictos armados entre individuos pertenecientes a un mismo grupo, con una estructura política definida en cuyo interior cada uno de los beligerantes trata de obtener la primacía. Este tipo de enfrentamientos pueden ser privados, sociales o de secesión.²² Igualmente recupera otras catalogaciones, como la de Gaston Bouthoul y la de Lincoln Machado Ribas (por ejemplo, las guerras de conquista, las guerras para recuperar antiguos dominios y las guerras revolucionarias),²³ junto a la clásica diferenciación entre guerras “ofensivas” y “defensivas”.²⁴

Ante las diferentes codificaciones, Araújo prefiere apelar a una clasificación de las guerras con un sesgo sociológico más esmerado. Nuevamente aquí emerge la sociología de

²¹ Bouthoul, Gastón. (1984); *Tratado de polemología*. Madrid: Ediciones Ejército.

²² Lagorgette, Jean (1944) [1906]; *El porqué de la guerra*. Buenos Aires: Editorial Bonaerense; pp. 205 y 242.

²³ Machado Ribas, Lincoln (1940); *Movimientos revolucionarios en las colonias españolas de América*. Buenos Aires: Editorial Claridad.

²⁴ Recordemos que Araújo tiene reparos para superponer a la revolución con la guerra.

Durkheim, pues considera que la densidad material y moral influye en la estructuración de la convivencia social. Adopta, por consiguiente, una conceptualización que define como dual con base en dos tipos de sociedades. Por un lado, aquellas con una mínima civilización, poca densidad y escaso volumen de sus relaciones sociales. Por el otro, las sociedades desarrolladas en volumen, densidad y civilización.²⁵ Araújo profundiza las diferencias entre las guerras primitivas y las guerras de las sociedades complejas y civilizadas, pero antes contrasta las posturas de Maurice R. Davie y las del antropólogo Charles Letourneau, ejercicio que resulta en el antagonismo entre una concepción que imputa actitudes guerreras a los pueblos primitivos y aquella que le asigna maneras pacíficas de coexistencia.²⁶ Frente a la disyuntiva, Araújo conviene en que la guerra es una práctica constante en las sociedades primitivas y abarca a la totalidad social con más amplitud que en la sociedad civilizada.

La caracterización general de la guerra en las comunidades arcaicas [...] puede efectuarse partiendo de su íntima consustanciación con la totalidad de la vida del grupo. Aunque por definición toda guerra es esencialmente colectiva, en las sociedades primitivas esta peculiaridad se destaca aún más. La razón de esta afirmación radica en la íntima vinculación que tiene la guerra con las condiciones básicas de vida de la sociedad. Ya en la lucha que debe emprender el hombre contra la naturaleza, sólo se puede triunfar si se la lleva a cabo en forma colectiva, por las ventajas inherentes a la asociación. Pero aquellos individuos, íntimamente unidos y con costumbres análogas en vistas de quitar el sustento a la naturaleza, deben además defenderse o defender sus bienes frente a otros grupos, de manera tal que [...] luego de la lucha por la vida aparece la concurrencia vital. Y esta segunda modalidad de la empresa colectiva en nada difiere de la anterior en cuanto a poner a su servicio la unanimidad de los elementos que componen la comunidad. La gran cohesión existente en el seno de lo que Bergson llamara “sociedades cerradas”, que obsta a toda diferenciación entre sus

²⁵ Araújo hace en un pie de página (p. 79) una alusión a la tipología que Guillaume Léonce Duprat, profesor de sociología y economía social en la Universidad de Ginebra, presentó en la memoria introductoria de las ponencias expuestas en el *X Congreso de Sociología* que tituló “Las estructuras sociales y la guerra”. La acuñó tomando como base a las estructuras que define como “multifuncionales”, “unifuncionales” y la solidaridad obrante en ellas. Publicado en “Sociologie de la guerre et de la paix” (1932). Preface, introductions et conclusion par G. L. Duprat. *Annales de l'Institut international de Sociologie*. Tome XVI. París: Giard. Este sociólogo se vinculó de manera directa con la temática de la guerra con otros dos trabajos: “*La psycho-sociologie de la guerre*” de 1916 y “*La contrainte sociale et la guerre*” de 1928.

²⁶ “...uno calumniaría a los primitivos representándolos como bestias salvajes, hambrientos de carne humana y luchando constantemente por obtenerla. De un cierto número de hechos señalados anteriormente podemos incluso inferir que, en el origen de las sociedades humanas, los clanes se encontraban en un estado de ánimo bastante pacífico y que sus guerras tenían un carácter legal. Tal es, aún hoy, la forma más común de conflicto armado en Australia, entre los nativos, y hemos visto que las condiciones de un encuentro que se considera necesario se regulan exactamente como las de un duelo. Este hábito del combate legal es incluso tan empedernido entre los australianos que los hemos visto dar armas a europeos desarmados antes de atacarlos”. Letourneau, Charles (1895); *La guerre dans les diverses races humaines*. París: L. Bataille; p. 529. Davie, por su parte, entiende que casi ninguna sociedad primitiva escapa a la violencia. Davie, M. R.; op cit; pp. 102 y 103. Pierre Clastres aduce que según Davie “...no se puede pensar la sociedad primitiva sin pensar también en la guerra, que -como dato de una sociología primitiva- adquiere la dimensión de universalidad”. Clastres, Pierre (2004); *Arqueología de la violencia: la guerra en las sociedades primitivas*. Buenos Aires: FCE; p. 14.

individuos, tiene su correlato en este sincretismo funcional en el que las actividades belicosas se cumplen casi sin diferenciación respecto de las que se desarrollan cotidianamente para superar la naturaleza. La precedente característica de la guerra primitiva explica que las relaciones entre las comunidades sólo puedan ser hostiles. Fuera de un grupo, el individuo se halla en peligro, porque se encuentra en el extranjero y extranjero es sinónimo de enemigo.²⁷

Araújo hace suya esa idea que confiere, por su impronta cohesionada, la existencia de una superposición entre los distintos factores que intervienen en la socialización y la guerra en las comunidades primitivas. De igual manera, recobra el planteo que asocia el aumento de la densidad material y el incremento del volumen de las asociaciones con la forma que asume la guerra, de modo tal que la sociedad queda retratada en una multiplicidad de agrupamientos con funciones desemejantes pero complementarias.

A medida que se van estructurando los grandes Estados, se van segmentando las tareas que cumplen los individuos dentro del grupo, haciendo ya imposible que todos ellos sean soldados por su sola condición de asociados. Por un proceso de especialización de funciones y división del trabajo, se crea una clase social con el cometido específico de conducir la guerra, en tanto que el resto de la sociedad encauza su actividad en otras tareas [...]. Los factores que llevan a la guerra no son los mismos, ni tienen la misma importancia que en las sociedades elementales. Algunos como el sexual, que tenía importancia capital, se vuelve prácticamente nulo, mientras que otros, como el religioso, aunque sigue teniendo eficacia, ha terminado por no contar entre las causas determinantes de las guerras, al haberse hecho la religión un asunto privado. La economía, a su vez, ha sufrido cambios considerables en su función belígera, como lo atestiguan la desaparición de guerras por canibalismo, esclavismo, etc.²⁸

La estatalidad expresa un nivel de escalada social que se expresa en profusos aspectos. La belicosidad es uno de ellos. La configuración social y los combates en las sociedades estatales, a su vez, vieron trastocados sus fundamentos con las dos guerras mundiales. Por esta razón, Araújo postula la necesidad de cincelar una nueva noción, ya que por muchas razones esos conflictos armados se diferenciaron notablemente de los precedentes, aún en las sociedades civilizadas.

La reciente experiencia sufrida por el mundo civilizado durante las dos últimas guerras mundiales exige hacer una categoría aparte con estos acontecimientos, en razón de las características propias que presentan, y que las distinguen de manera tajante de las que hasta entonces se habían producido entre sociedades civilizadas. Las guerras de otros tiempos se localizaban en pequeñas extensiones del país, en razón de las dificultades de los medios de transporte y el pequeño número de combatientes. Los pueblos no percibían sino sus lejanos ecos. Los territorios se conquistaban o [se] perdían, pero las ideas y las vidas no cambiaban. En la actualidad es completamente diferente. Los intereses de todos los hombres de una nación, desde lo más pequeños a los más grandes, se encuentran amenazados. Como ha dicho

²⁷ Araújo, O.; p. 80.

²⁸ Araújo, O.; p. 83.

muy gráficamente Duprat, tiende a presentarse cada vez más como una suspensión en la vida normal de los pueblos.²⁹

Fue una “guerra total” que involucró una cantidad de población inédita en la historia y tuvo una intensidad y una continuidad jamás vistas. En cierto sentido, estos pleitos armados replicaron esa fusión entre la guerra y la totalidad social reinante en las sociedades primitivas porque pusieron en movimiento todos los recursos de cada país beligerante. Nada quedó fuera de los contornos de estos conflictos bélicos.

Araújo alega que la morfología de la guerra genera diferentes tipos y los completa con una “fisiología de la guerra” con la que procura registrar estas metamorfosis de las conflagraciones en sus génesis y en sus conclusiones, requisito central para una “sociología dinámica”. De este modo, conjuga la evolución de la guerra en el tiempo, teniendo en cuenta los orígenes, la posibilidad de que el fenómeno bélico persista, las transformaciones de las causas que motivaron el hecho y los efectos que plasma en la sociedad.

Araújo retrocede en su exposición para comentar otra vez que existen dos posiciones antagónicas. Por un lado, aquella que defiende la idea de un estado pacífico en el momento más primitivo de la vida social. Por otro, aquella que visibiliza en ese entonces un estado generalizado de guerra. Sintetiza esta tensión ahora con la contraposición entre las posturas de Jean-Jacques Rousseau y Thomas Hobbes. Nuevamente reivindica la segunda tesis que concuerda con la mejor versión de la apreciación sociológica del tema. Desde allí enuncia que la guerra varía con el tiempo de igual modo que el componente temporal incide en las estructuras sociales. Teniendo en cuenta este aspecto, Araújo piensa que se transforma en obligatoria la necesidad de observar la intensidad y la periodicidad con que aparecen las guerras (la frecuencia), medición que marca, en una línea temporal, la duración del fenómeno (lapsos de tiempo). Aboga así por localizar las repeticiones cíclicas o rítmicas del fenómeno social, sin soslayar que, de no haber repeticiones, resulta insostenible generalizar o detectar leyes sociológicas. Así acompaña el razonamiento de Bouthoul, quien sostiene que los fenómenos bélicos son “periodomorfos”, entablando cierta analogía con las crisis

²⁹ Araújo, O.; op cit; pp. 83 y 84

económicas. A su vez, en el mundo contemporáneo, las guerras exhiben una periodicidad que marca una progresión con intervalos entre ellas cada vez más reducidos.³⁰

- IV -

En la tercera parte, la más extensa, Araújo dedica un espacio específico para aquello que define como las condiciones materiales de la guerra, que fungen como ingredientes trascendentes en el transcurso de cada confrontación. Hace una analogía con un medio de producir. En tal sentido, considera que los elementos principales que se conjugan durante la guerra son la naturaleza (el medio), los hombres (la población) y los procedimientos técnicos y artefactos para interactuar con el medio (que en este caso refieren al armamento).

La naturaleza involucra, entre otras cosas, la geografía, que es el sustrato donde se asienta la organización social. Por esta razón, Araújo dedica algunas páginas a presentar y analizar los planteos de varios cuadros que abordan esta dimensión desde el ángulo político y militar, tal como lo hace Federico Ratzel con sus elucubraciones referidas al “espacio vital” y las fronteras. Ciertamente, Araújo halla lazos entre la geografía y la guerra. Por ejemplo, aprueba que hay países más expuestos que otros a una invasión. Consiente un influjo, pero niega una sobredeterminación. Reprocha el rígido determinismo material imperante entre los teóricos de la geopolítica. Sentencia: “cuando se trata de apreciar el nexo existente entre el medio geográfico y los fenómenos sociales debe dejarse de lado toda consideración causal”.³¹ Araújo rebate la manera en que eslabonan el espacio con la guerra. Para ello se apuntala en Durkheim, que censura aquellas concepciones que ciñen lo social de modo estricto a la base material, tal como lo hacían dogmáticamente los enfoques más ideológicos de la geopolítica.

³⁰ En su trayecto como docente, Bouthoul trabajó en temas económicos. Trasladó algunas consideraciones sobre las crisis económicas al plano del análisis sociológico de la guerra. Su idea que otorga un carácter periodomorfo a las guerras nace de ese cruce disciplinario. Jerónimo Molina Cano afirma al respecto: “...la hipótesis sobre la periodicidad de las guerras, reforzada en los años 70 "con la ayuda del ordenador" y el estudio de los "366 conflictos armados mayores" acontecidos entre 1740 y 1974, establece una guerra de reequilibrio cada 25 o 30 años (el término de una generación) y una guerra de alcance global cada siglo. Bouthoul establece también la "periodomorfología treintenaria" de las grandes guerras: la del Peloponeso, la de los Treinta años, las Guerras Mundiales I y II” Molina Cano, Jerónimo; “La polemología o la guerra. El pensamiento polemológico de Gaston Bouthoul”; en *REIS: Revista Española de Investigaciones Sociológicas*. No. 119. Madrid; p. 120 y 125 (pp. 117/130). Bouthoul desarrolla el tema en el capítulo “Periodicidad de las guerras” que cierra el *Tratado de polemología*; op cit; pp. 729/766. También lo hace en *El desafío de la guerra*, publicado en 1977 (Madrid, EDAF).

³¹ Araújo, O.; op cit; p. 100.

Propone, a decir verdad, extender ese desdén por el “determinismo riguroso” a todo el análisis que abarque la guerra. Para profundizar la relación entre geografía y beligerancia, además, vuelve a restituir la diferencia entre sociedades primitivas y civilizadas, debido a que en cada uno de ellos las circunstancias medioambientales inciden de manera despareja. Los grupos primitivos eran moldeados por ese conjunto de factores. En las sociedades complejas, por el contrario, media una trama de “representaciones colectivas” o “estados psíquicos generales”. Entre los habitantes de una determinada población y su entorno se interponen siempre las ideas.³² Las comunidades primitivas son cinceladas de forma inmediata por las vicisitudes del entorno geográfico, pero las sociedades desarrolladas son moldeadas por los sistemas de ideas que en ellas se desarrollan y circulan.

Luego de acotar la incidencia del medio físico natural en la guerra, Araújo trata el tema de sus repercusiones sobre el medioambiente. Por supuesto, acepta que producen cambios en los mapas políticos, pero esas mutaciones distan mucho de impactar en la superficie geográfica. Concluye que los conflictos bélicos no pueden ser ponderados como un agente con capacidad de alterar la geografía.

¿Los cambios demográficos derivan necesariamente en la guerra? Araújo se adentra en la geografía humana reflexionando en torno a este interrogante. Para problematizar la cuestión, toma como referencia a Thomas Robert Malthus. El autor del influente *Ensayo sobre el principio de población* (1798) correlacionó el crecimiento poblacional con cambios sociales profundos. Ese incremento tiene el poder de ser un fenómeno que causa otros fenómenos. Araújo asevera que la población hace a la condición biótica cuantitativa de la guerra. Desde esta premisa, delimita dos maneras de interacción entre la población y la guerra que dependen del grado de afincamiento (o no) de los aglomerados humanos en un lugar determinado. Aquellos pueblos no arraigados a un lugar específico, opina, se encontraban más expuestos a los vaivenes de los factores físicos que los obligaban a migrar de manera frecuente. También este movimiento de la población podría ser estimulado por cuestiones internas del grupo. Allende los motivos:

En los orígenes humanos se da una constante marea que lleva a los hombres a todos lados. Mientras los pueblos no se afincaban en un hábitat determinado, estos desplazamientos permanentes no eran fuente de conflictos bélicos, pero a medida que se hacían más

³² Cosentini, F.; op cit; p. 441 y 442. Araújo, O.; op cit; p. 102.

sedentarios, y echaban raíces profundas en medios particularmente favorables, la invasión empezó a jugar un papel histórico cuando, aquellas comunidades que habían permanecido en un estadio más o menos migratorio se volcaban en masa o por bandas, por tierra o por mar, sobre otro pueblo fijado en el suelo.³³

Los movimientos de población actúan como un “factor decisivo” en la gestación de las guerras, pero se desvanecen como tal cuando las poblaciones se afincan en un lugar, y esta circunstancia, el sedentarismo, se vuelve general. A renglón seguido, Araújo presenta comentarios al tratamiento demográfico que Bouthoul brinda a las guerras. Argumenta que el sociólogo tunecino considera que los desequilibrios sociales son factores que promueven los conflictos armados e incluye entre ellos las oscilaciones demográficas.³⁴ También resume las cavilaciones que dan cuenta de los efectos de la guerra en el número de población (los efectos disgénicos y eugénicos), que conceptualiza como una “función demográfica”.³⁵ Recrea las constataciones de Bouthoul que testifican que las guerras destruyen vidas de manera voluntaria, logran una variación en la tasa de mortalidad, restringen la cantidad de nacimientos y diezman la población de hombres jóvenes.³⁶

Araújo hace una recensión de algunas detracciones que suscitó el planteo de Bouthoul. Afronta otra dimensión de análisis referida a los efectos disgénicos y eugénicos, e involucra las alteraciones que los enfrentamientos armados promueven respecto de la calidad de la población al considerar los sectores de la sociedad que resultan masacrados: ¿la guerra tiende a eliminar a los mejores elementos que componen el conjunto social o elimina a los peores?

³³ Araújo, O.: p. 107.

³⁴ “Todas las guerras tienen unos efectos demográficos, aunque sólo fuese porque aumentan, anormalmente, la mortalidad... la guerra no parece ser un hecho primitivo, sino más bien un fenómeno que se añade a otro fatalmente, o sea, un epifenómeno, o una manifestación febril de desequilibrios sociales, principalmente demográficos”. Bouthoul, Gastón (1971); *La guerra*. Barcelona: Oikos Tau S. A.; p. 49.

³⁵ En las primeras décadas del siglo XX los efectos disgénicos de las guerras se transformaron en un tópico muy generalizado, tanto en los estados Unidos de Norteamérica como en América Latina. El adjetivo “disgénico” es atribuido a David Starr Jordan, quien fue un eugenista preocupado por la “degeneración racial”. En tal sentido, pensaba que la paz prometía una mejora social, cosa que la guerra ponía en cuestión. Argumentó que la guerra era nociva pues eliminaba a los hombres más fuertes. La guerra, entendía, actuaba a la inversa de la selección natural. Consultar Jordan, David Starr (1915): *War and the Breed: The Relation of War to the Downfall of Nations*. Boston: The Beacon Press. Lanero, Juan José (2008); “De la supervivencia de los ineptos a la reñuna de las Naciones. Traducciones españolas de David Starr Jordan, primer rector de Stanford”; en *Estudios Humanísticos. Filología*. No. 30. España (pp. 391/400). Regginai, Andrés H. (2015); “Eugenia, panamericanismo e inmigración en los años de entreguerras”; en Yankelevich, Pablo; *Inmigración y racismo.: Contribuciones a la historia de los extranjeros*. México: El Colegio de México.

³⁶ Véase una breve y rigurosa recensión sobre la relación entre demografía y guerra efectuados por Bouthoul, en Suanzes, Francisco Javier Franco (2000); “Gaston Bouthoul. La guerra como función social”; en *Cuadernos de Estrategia*. No. 111. España: Ministerio de Defensa (pp. 57/91).

Para resolver el dilema, Araújo recurre una vez más a la diferenciación entre sociedades primitivas y civilizadas.

Todos aquellos grupos humanos que han hecho de la lucha hostil uno de los puntos cardinales de su política se ocuparon, siempre, de dirigir o seleccionar la calidad de la población, a fin [de] que ella reuniera las condiciones óptimas para la guerra. En la vida nómada, donde la guerra es constante, tan sólo los fuertes podían sostener la ruda existencia. Los débiles son indeseables, al punto que no se sabía qué hacer con ellos. De ahí que el infanticidio de los jóvenes y la muerte de los viejos sean los procedimientos directos y primitivos de reajuste [...] Esta política de población por selección cesa solamente cuando una vida estable reemplaza al nomadismo y la paz suplanta a la guerra.³⁷

Araújo explora la producción sobre el tema y llega a la conclusión de que la guerra empeora la calidad de la población. Asimismo, puntualiza que los conflictos contemporáneos no cambiaron la ecuación y como consecuencia, a pesar de los bombardeos masivos sobre la población civil, prolongan el desequilibrio entre hombres y mujeres. También mantienen las alteraciones en la pirámide de edad, en el sentido de que envejecen la sociedad por la mortalidad de hombres jóvenes y por la disminución de la natalidad y de la nupcialidad. Para finalizar, señala que las guerras generan trastornos demográficos porque provocan cambios en los flujos migratorios, además de incitarlos. Por ejemplo, paralizan los traslados recurrentes que la población efectúa en tiempos de paz.

Araújo transita a continuación las que denomina “condiciones bióticas cualitativas” de la guerra. Estas se refieren a la raza y al sexo. Para entrar en tema, efectúa un itinerario por aquellas teorías que brindan explicaciones sobre la guerra a partir del conocimiento biológico. Aborda algunos aspectos del organicismo, el darwinismo y las teorías de la herencia referidas a la constitución étnica de las sociedades.

Subraya que el organicismo constituye un tipo de enfoque que caracteriza a la guerra como una anormalidad o enfermedad. Menciona como miembros de este paradigma a Herbert Spencer, Paul von Lilienfeld y Guillaume De Greef, cada uno con sus matices.³⁸ La visión darwinista ocupa un poco más de espacio en las páginas de *Sociología de la guerra*. Araújo

³⁷ Araújo, O.; op cit; p. 123.

³⁸ Para Lilienfeld, por ejemplo, la guerra aparece como un fenómeno natural engendrado por la presión demográfica y las disputas por recursos escasos. Lilienfeld de, Paul (1875); *Gedanken über die Socialwissenschaft der Zukunft. 2. Die socialen Gesetze* (Reflexiones sobre las ciencias sociales del futuro. 2. Las leyes sociales. Volumen 2. Mitau: Behre Editor; pp. 260 y 261. En: <https://archive.org/details/gedankenberdie00liliiuoft>.

la sintetiza e indica que, para esta concepción, sin luchas ni antagonismo, la sociedad no progresaría. Dentro del tópico, por distintas causas trae a colación, entre otros, a autores ubicados en diversas disciplinas, como Ludwig Gumplowicz, Gabriel Tarde, Erminio Troilo, René Worms, Claude Fages y Celestino Bouglé. Para Araújo, este último es quien detenta la más contundente refutación del darwinismo.³⁹

Araújo pone en cuestión aquel argumento que adjudica a la constitución étnica de cada pueblo un impulso hacia las relaciones hostiles con el objetivo de demostrar su superioridad.

En esta dirección, repone varias referencias intelectuales y científicas para concluir:

Pronunciado el veredicto de la ciencia, cae por su base la fundamentación que se había dado al racismo y, de consiguiente, debemos radiarlo como posible causa biológica de la guerra. Los hombres no son llevados a combatir, ni [a] triunfar unos sobre otros, por la distinta composición étnica de los grupos, ya que tal diversidad es científicamente inadmisibile.⁴⁰

Otro de los factores bióticos, como se ha anticipado, refieren a la variable del sexo. Araújo se pregunta si la distinción entre hombres y mujeres acaso desencadena algunas guerras. Rememora que varios especialistas avalan que los hombres han peleado por mujeres desde tiempos inmemoriales. El rapto de mujeres era frecuente y no sólo tenía motivaciones sexuales. Existían móviles de tipo económico, pues las secuestradas eran utilizadas como esclavas. Araújo explica, asimismo, que los enfrentamientos también emergían por adulterio. Se basa, de manera especial, en las indagaciones de Davie, quien plantea que las mujeres han sido una causa generalizada de los conflictos armados en las sociedades primitivas. Hay otro factor que según Davie colabora con la guerra en ese tipo de comunidades. La cultura exalta las cualidades guerreras, y estas destrezas eran admiradas por las mujeres, situación que estimulaba las prácticas militares de los hombres para ganar prestigio ante la mirada femenina. Sin embargo, apunta, en la sociedad contemporánea la dimensión sexual no se encuentra como causa de la guerra, pero sí impacta en las formas de las relaciones que se traban entre mujeres y hombres. Por ejemplo, admite que la guerra contribuyó a disminuir la desigualdad entre los sexos y a la emancipación de la juventud del control familiar. También pone de manifiesto que cambió la mentalidad femenina al ritmo de una mayor inserción en el mercado de trabajo para cubrir tareas mientras los hombres están en el frente de batalla.

³⁹ Araújo, O.; op cit; p. 142.

⁴⁰ Araújo, O.; op cit; p. 159.

En un plano teórico general, arguye que el organicismo consideró a la guerra como una anormalidad y priorizó la idea de solidaridad. En paralelo, dice que el darwinismo trasvasó las analogías organicistas para aplicar de manera fallida leyes biológicas al comportamiento social y que el racismo tampoco representó una alternativa válida pues adolece de sostén científico como explicación de los fenómenos bélicos. En definitiva, Araújo desconoce toda fundamentación biológica como germen de la guerra.

Para cerrar la segunda sección, Araújo trabaja sobre las condiciones técnicas relacionadas con la guerra. Hace notar que el sociólogo norteamericano Thorstein Bunde Veblen señaló que la transición de la paz en los albores de la humanidad a la época signada por la depredación se fundamenta en el incremento de conocimientos técnicos y en la utilización de herramientas.

En consecuencia, en las épocas primitivas, mientras no se han desarrollado las armas hasta hacer del hombre un animal formidable, es imposible una cultura depredadora, sin olvidar que el desarrollo ordinario de las herramientas y las armas es el mismo hecho contemplado desde puntos de vista diferentes.⁴¹

Con esta premisa, Araújo narra el impacto del uso de metales con fines bélicos y la invención de la pólvora, panorama que completa con la recopilación de los inventos puestos a disposición del combate en la Gran Guerra, como el teléfono, los motores, la radio, el avión y las armas tóxicas. No obstante, para despejar equívocos, aduce que la tecnología no propició las guerras, sino que estas resultaron el factor que fomentó el desarrollo tecnológico. No se puede decir que la técnica actúa de forma inmediata sobre la génesis de las guerras, aunque tiene reservado un importante protagonismo a través del armamento. Araújo repasa argumentos de Saint-Simon, Auguste Comte o Herbert Spencer, quienes confiaban en la desaparición de la guerra con el desvanecimiento del tipo de sociedad militar (sociedad tradicional). Sin embargo, acabará afirmando que la realidad no permite sostener este planteo.

En conclusión, con desarrollo técnico o sin él, siempre habría guerras, por manera que no hay por qué achacar al primero ser factor determinante de las segundas. Para cada técnica hay un tipo de armas y para cada modalidad de armamento, una forma de guerra. No puede atribuirse a la técnica el condicionarla de modo especial.⁴²

⁴¹ Araújo, O.; op cit, p. 168. Véase Bonavena, Pablo; “Notas sobre la sociología de Thorstein Veblen y algunas aristas de su relación con el conflicto social, la guerra y la paz”; en *Revista Conflicto Social*. Instituto Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Vol. 7. No. 11. Enero/junio (pp. 67/113). En: <https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/CS/article/view/237/216>.

⁴² Araújo, O.; p. 172.

El tratamiento de la temática que Araújo denomina “los elementos etiológicos y los efectos de la guerra” comienza con la presentación de varias lecturas en lo tocante a la relación entre las hostilidades militares y políticas. Uno de los aspectos observados remite a las implicancias de los conflictos armados en la conformación del Estado. Nuestro autor pone a disposición del lector tanto los criterios sociológicos que endilgan una responsabilidad decisiva a la refriega armada en la génesis del Estado como aquellas posturas refractarias a esta hipótesis, que consideran a los enfrentamientos bélicos como un obstáculo que retrasó su consolidación.⁴³ Subraya que existe, con autonomía de las polémicas, unanimidad de pareceres entre los especialistas sobre la función activa de la violencia material directa en la formación de la estatalidad y sus potentes repercusiones en el sistema político y jurídico de cada país beligerante.

Araújo también discurre acerca del lazo entre los regímenes políticos y su propensión, o no, para combatir. Desestima aquella aseveración que enlaza de manera directa ciertas formas específicas de gobierno (democracias, dictaduras, etc.) con la guerra, y otras, con la paz. Evalúa que las causas de los enfrentamientos tienen una complejidad mayor que la consentida por este tipo de enfoque unicausal para dar cuenta de los “impulsos belicosos”.⁴⁴ Frente al dilema, considera apelar a una distinción que encuentre sintonía con la perspectiva más rigurosa del método sociológico. Esquiva la explicación unicausal para todo fenómeno social. Dentro del enfoque multicausal que asume, entonces, diferencia los factores determinantes de los condicionantes. Afirma: “una cosa es la *causa* de un fenómeno y otra su *condicionamiento*”.⁴⁵ Con estas certezas vuelve a decir que no comparte aquella idea que establece a los tipos de regímenes políticos como causa de las guerras, pero asiente que pueden actuar a modo de condicionamiento.

No debe buscarse en la organización política de las sociedades las causas de la guerra. Factores muy diversos, más hondos, menos evidentes y ponderables, son los que nutren el

⁴³ Novicov se encuentra dentro de esta perspectiva: “Como podemos ver, la guerra durante muchos siglos impidió las grandes unidades nacionales; evitará para otros siglos la unidad de la humanidad. En consecuencia, desde el punto de vista político, como todos los demás, hace daño y no beneficia”. Novicov, Jacques (1894); *La guerre et ses prétendus bienfaits*. París: Armando Colin y Compañía; p. 70.

⁴⁴ Araújo, O.; op cit; p. 194.

⁴⁵ Araújo, O.; op cit; p. 195 (destacado en el original).

impulso bélico de los pueblos. Pero no podemos dejar de reconocer que la organización democrática de estos puede condicionarlos.⁴⁶

Las relaciones que median entre la economía y la guerra también obtienen la atención del profesor uruguayo, quien sin duda concibe que la última necesita de la primera. No puede haber enfrentamientos sin una “plataforma económica”, ya que de esta depende su preparación, desarrollo y terminación. Claro que la generación de riqueza no es sólo un medio imprescindible para combatir; también la acumulación de patrimonios o fortuna puede ser una causa o una meta. El apartado dedicado al entrelazamiento de guerra y economía retoma el método de exposición que se sustenta en la discriminación entre aquello que ocurre en las sociedades elementales y lo que sucede en las de mayor complejidad. Restablece varias investigaciones en atención a los niveles de desarrollo que obtiene la producción, la distribución y el consumo con las formas de la guerra.

En las comunidades primitivas la belicosidad no se nutre de su productividad. Los grupos no destinan una parte del rendimiento del trabajo a tales fines, como sí lo hace el Estado moderno que asignan para ese fin importantes porciones de su presupuesto. Con el avance de las fuerzas productivas esta peculiaridad tronca, y la guerra deviene en una “empresa económica”, y en cuanto tal, debe ser abastecida por el conjunto social (soldados, armas, vituallas, etc.). El punto más adelantado de esta tendencia se refleja en las fuerzas armadas de los Estados modernos.

En los grupos elementales, los enfrentamientos bélicos se realizan con el propósito de satisfacer necesidades vitales, apoderarse de tierras, obtener bienes de diferente tipo y capturar seres humanos con una finalidad que fue del canibalismo al esclavismo. Franz Oppenheimer sostiene que las mutaciones en las condiciones económicas, a su vez, modifican la guerra y sus objetivos. Si bien Araújo se pliega a esta tesis, no omite las críticas de Max Weber en *Economía y sociedad* acerca de la manera en que el sociólogo teórico del Estado presenta esa variación concomitante. Oppenheimer argumenta que los pueblos pastores o ganaderos eran más propensos a batallar que aquellos de talante sedentario.⁴⁷

⁴⁶ Araújo, O.; op cit; p. 197.

⁴⁷ “¡La posesión de esclavos! Los nómadas son los que inventaron la esclavitud, gestando así la semilla del Estado, el primer caso de explotación económica del hombre por el hombre. Los cazadores libran batallas y toman cautivos, pero no los esclavizan, sino que, o bien acaban con ellos o bien los integran dentro de la tribu. Para él los esclavos no tendrían sentido. El botín adquirido en la caza puede almacenarse en menor grado de lo que el grano puede «rentabilizarse». La idea de utilizar a un hombre como fuerza de trabajo solo puede aparecer

Araújo confirma que la esencia del planteo estriba en la ley que provoca la pugna armada entre los pueblos sedentarios y los nómades. No obstante, de manera fundamental, la guerra cobra sentido para las comunidades cuando hay bienes acumulados para saquear. El botín en estos casos bien puede valer el costo de la empresa guerrera. En tal sentido, la economía agrícola tiene un lugar muy importante como estímulo de la guerra. Por un lado, debido a que por su modalidad productiva requiere cada vez más tierras, y con el tiempo esta necesidad obliga a incursiones lejanas, lo que genera, al menos, colisiones con los vecinos. Asimismo, el producto de la labor acopiado deviene en un botín apetecible para los extranjeros. Y además, los cultivadores también fueron usufructuando mano de obra esclava que se obtenía de la captura de prisioneros, recurso impensable para los agricultores primitivos.⁴⁸

Dentro del régimen económico agrícola, que como se ha dicho es el que por primera vez transforma a la esclavitud en una verdadera institución, los esclavos adquieren una importancia económica tan grande que los prisioneros de guerra son invariablemente sojuzgados, y el tráfico de los seres humanos alcanza su máximo apogeo.⁴⁹

Araújo reafirma que la guerra tiene causas complejas también en las sociedades civilizadas, es decir, causas que no se ciñen a un porqué único (como la obtención de bienes para el consumo inmediato). Adquiere relevancia, por ejemplo, el acaparamiento de materias primas para abastecer la producción propia. Las carencias de esta estirpe imponen muchas veces la necesidad de enfrentarse con otros Estados. Con el mayor desarrollo social y productivo, entonces, aparecen arquetipos de guerras nuevas, como las comerciales o las coloniales. La expansión del sistema mercantil provocó esas formas de batallar auspiciadas por una lógica concordante con el poder absoluto del Estado. Los grandes ejércitos absolutistas requerían de importantes transformaciones económicas para garantizar su existencia. He aquí una consecuencia de la guerra. La necesidad de fortaleza militar y de prosperidad económica impacta en la política y en la economía con requerimientos que, en ocasiones, desembocan en guerras.

en un plano económico en el que ya se ha desarrollado una cantidad de riqueza, la cual solo puede aumentar a través de la ayuda de fuerzas de trabajo dependientes... los pastores se fueron acostumbrando paulatinamente a ganarse su sustento a través de la guerra, así como la explotación de otros individuos como mano de obra servil". Oppenheimer, Franz (2013) [1908]; *El Estado. Su historia y evolución desde un punto de vista sociológico*. Argentina: Unión Editorial; pp. 49 y 51.

⁴⁸ Véase Oppenheimer, F.; op cit; pp. 43 a 45.

⁴⁹ Araújo, O.; op cit; pp. 217 y 218.

De igual modo, Araújo considera algunas aristas del influjo que tuvo la expansión de las concepciones liberales para con las guerras. Pone en evidencia el fracaso de las doctrinas de François Quesnay, Adam Smith y Jeremy Benthan a favor de la armonía social y en contra de la guerra. Las políticas liberales que afianzaron el desarrollo capitalista, arguye Araújo, promovieron las penurias económicas de vastos sectores de la sociedad; según varias opiniones, esta injusticia social era la nueva causa de las guerras. Araújo, entonces, repasa de manera muy sucinta distintas teorías que dan preponderancia a las requisitorias económicas como un aspecto causal para explicar las guerras, revisión que incluye perspectivas críticas del orden capitalista. Desde este ángulo, nuevamente evoca a Proudhon de manera escueta, para luego dar lugar a Karl Marx, Friedrich Engels y Vladimir Lenin. De la misma manera dedica algunos renglones a Georg Friedrich Nicolai, autor de *La biología de la guerra* (1916). El tránsito por esta variedad de rumbos hace que Araújo se aproxime a una conclusión. Desecha los abordajes teóricos que otorgan a la guerra una causa exclusiva y afirma que es difícil documentar que haya un “condicionamiento fatal”, como el económico, que dé iniciación a la guerra, especialmente en las sociedades más desarrolladas.

Si el mismo puede darse en las sociedades primitivas, donde el fenómeno bélico cumple una función marcadamente económica y elemental cual es la superación del hambre, a medida que se aumenta el conglomerado social, cuesta continuar admitiendo dicha explicación. Aparte de las exigencias alimentarias primarias, aparece una serie de factores psicológicos complejos: vanidad, voluntad de poderío, lujo, religión, etc., que obstan toda solución unilateral. Tan pronto como se estructuran las sociedades complejas, las guerras que se promueven entre las mismas son en general *politéticas*: con pluralidad de fines y significados. En ellas, además, sus necesidades y su actividad tienen posibilidades de compensación y de transposición muy amplias, que hacen que la necesidad económica no sea más rigurosa e inmediata.⁵⁰

En las páginas escritas por Bouthoul, Araújo descubre otra proposición que lo cautiva. El padre de la polemología aduce que en las sociedades modernas no son las penurias económicas las que incitan las guerras. Suele ser, por el contrario, la superabundancia. Coincide con él en menospreciar las explicaciones economicistas de las guerras. La política en las sociedades modernas, obviamente, encuentra un lugar entre las causales de la guerra que jamás podría tener en las sociedades elementales. Ocurre lo mismo con los ingredientes psicológicos. En definitiva, Araújo otorga a la economía una destacada función polemógena,

⁵⁰ Araújo, O.; op cit; p. 238.

pero no supone que ese factor pueda erigirse en la “causa decisiva y preponderante” de las guerras. Además, aclara:

Quando malestares económicos llegan a tener eficacia poderosa en el desencadenamiento de la violencia, su intervención sólo puede hacerse a través de representaciones mentales colectivas. Las guerras nunca estallan inconscientemente, antes bien, todas exigen un clima psicológico previo, que en el caso de estar en juego móviles económicos, requerirá que se hayan transformado previamente en un motivo de guerra.⁵¹

Araújo observa que en las sociedades complejas resulta difícil sopesar la eficacia económica de los conflictos bélicos. Antes de las contiendas, con los preparativos, se incrementa el gasto y se sobrecarga la estructura productiva. Una vez iniciados los choques armados, la economía suele cambiar. La economía de guerra, por ejemplo, empuja algunas ramas de la industria en detrimento de otras. De igual modo, se advierten mutaciones en la distribución de bienes e ingresos, la recaudación impositiva, las finanzas públicas, etc. Aumenta la injerencia estatal en la economía. Como vemos, son varias los impactos que la guerra imprime en la economía y no son pocas las voces, como las de Novicov y Angell, que advierten acerca de sus perjuicios.

Con posterioridad a desplegar algunas querellas acerca de la relación entre economía y guerra, Araújo se consagra a establecer la conexión con la religión. Los pueblos arcaicos no perpetraban guerras religiosas o competencia de cultos. La religión funciona para la cohesión del grupo y para dictar algunas conductas, y sólo provoca guerras por ritos u otras prácticas religiosas interiores (como los sacrificios), pero la religiosidad no se esgrimía para imponer el credo a otras comunidades. Araújo señala, tal como hizo notar Lagorgette, que las luchas de religión emergen cuando acompañan “un espíritu de dominación” ausente en el “paganismo”.⁵² Certifica, entonces, que las guerras religiosas encubren con frecuencia intereses como los personales o los económicos. La filosofía de la Ilustración suponía que la eliminación de la religión era un requisito para vivir en paz. Sin embargo, la realidad histórica circunscribe las causas únicamente religiosas de las guerras a casos aislados. La religión se muestra como un instrumento al servicio de la guerra y no como una causa, tal como ocurre con la ideología. En verdad, el belicismo más bien influye en las religiones. Disuelve cultos

⁵¹ Araújo, O.; op cit; p. 241.

⁵² Lagorgette, J. (1944) [1906]; op cit; p. 194. Araújo, O.; op cit; p. 262.

e impone otros, acordes a las fuerzas que ganan territorio para mantenerlo bajo tutela, previa conquista militar.

El tratamiento de los aspectos psicológicos de la guerra es iniciado por Araújo con una mención a Novicov que afirmó: “matar puede ser un acto individual o colectivo denominándose en el primer caso ‘asesinato’ y en el segundo ‘guerra’”.⁵³ En relación a los “asesinatos colectivos” sigue aquella proposición que no le atribuye a la dimensión psicológica un lugar sobresaliente en el estallido de las guerras, pero no niega la incidencia del poder de las fuerzas mentales en ellas. Una vez más, Araújo toma distancia de las posiciones simplistas. Supone la concurrencia imprescindible de varios factores para el afianzamiento de una psicología colectiva que abone la guerra.

Instintos belicosos, impulsividad primitiva, complejos colectivos, coacción social y muchas otras fuerzas esencialmente psíquicas integran su contenido [el de la guerra], y generan las pasiones y la opinión pública que llevan a las colectividades a entrar en lucha.⁵⁴

Al momento de hablar de la ideología de guerra, muestra conciencia sobre el rol histórico de la propaganda para estimular la guerra y las “pasiones patrióticas”. Precisa que la guerra es afectada por los componentes psicológicos y, a su vez, produce cambios en las mentalidades colectivas. Arraigan complejos de inferioridad o de superioridad según el desenlace de los choques armados. Las modificaciones psicológicas van desde el nivel individual al colectivo y conmueven de manera diferente a las distintas porciones de la población. Araújo insiste con la idea de no tomar una única variable como la causante de la guerra. Ni el instinto de agresión, ni la psicología, ni ningún otro único factor brindan una explicación a la altura de los requerimientos de la sociología. La psicología es un factor al igual que otros, pero no es la causa última de su producción.

- VI -

La última sección refiere a las condiciones que limitan o pretenden impedir la guerra, presentes en el sistema moral de las sociedades y en el derecho. Araújo regresa al contraste entre las sociedades primitivas y las desarrolladas, ahora para establecer cómo opera la moral

⁵³ Araújo, O.; op cit; p. 267.

⁵⁴ Araújo, O.; op cit; pp. 277 y 278.

en cada una de ellas. Reproduce, sin citarlo, los planteos de William Graham Sumner acerca del endogrupo y del exogrupo en las sociedades primitivas, y sus consecuencias sobre la guerra que, por las peculiaridades de la organización social, no imponen de manera apremiante la necesidad de regular las contiendas violentas.⁵⁵ Sin embargo, Araújo advierte:

La moral, en su forma de moralidad positiva, de hechos morales o de costumbres, ha tenido pues, sin duda alguna, una influencia moderadora de las relaciones hostiles entre los grupos primitivos. Sería inadmisibile negarla; pero por igual, sería inconcebible extenderla más allá de sus justos límites. La existencia de los fenómenos sociales no impidió que la guerra continuara produciéndose.⁵⁶

Una vez que avanzó la civilización, declara, la situación cambió. Nacieron varias iniciativas para mitigar los “caracteres más salvajes” de las guerras. Muchos preceptos morales, en consecuencia, buscaron aplacar la violencia y las matanzas. La filosofía, en gran parte, refleja el rechazo a la guerra y la defensa de la convivencia pacífica; colaboró en expandir el afán de paz en la conciencia colectiva, junto a un ideario solidario y cosmopolita.

Araújo descubre la misma tendencia dentro del ámbito del derecho, que pasó de tratar el derecho *a* la guerra a tratar el derecho *durante* la guerra. No obstante, Araújo consiente en que los muchos intentos de regular los encuentros bélicos no obtuvieron buenos logros. En efecto, evalúa la eficacia del derecho internacional para atemperar o reglar las guerras. Como punto de partida para la correcta comprensión del tema sugiere despejar el obstáculo que sistemáticamente introduce la ilusión jurídica: “Repetimos una vez más que el problema consiste en saber si la guerra, como realidad social concreta, puede ser impedida por otra manifestación social objetiva: el derecho. Toda consideración que orille este planteo debe ser radicalmente desechada”.⁵⁷

Asimismo, plantea que no se debe confundir el comportamiento de los sujetos individuales, tutelados por el derecho en cada país, con la lógica propia de los Estados. Cada unidad política estatal tiene sus peculiaridades y esta dimensión no debe ser eludida por el análisis sociológico. Los comportamientos no son reductibles a una única especie. Además, señala que las guerras no se pueden equiparar a las querellas individuales y los alcances del derecho

⁵⁵ Sumner, William G. (1906); *Folkways. A study of the sociological importance of usages, manners, customs, mores, and morals*. Illinois, USA: Round Table Books.

⁵⁶ Araújo, O.; op cit; p. 330.

⁵⁷ Araújo, O.; op cit; p. 337.

de cada país sobre ellas. Reseña que, con la Primera Guerra Mundial, el derecho internacional cobró protagonismo y proliferaron las convenciones para atemperar los conflictos armados. Atestigua que los intentos fueron infructuosos y que no se podrán alcanzar los objetivos que manifiestan las regulaciones para la guerra sin un conocimiento sociológico de la misma.

Palabras finales

Sin duda la obra de Araújo debe ser destacada como un aporte sustantivo para construir el campo específico de la Sociología de la Guerra. En gran parte, trasladó a sus alumnos del ámbito militar profesional, y posteriormente a los lectores en general, la obra de Bouthoul, pero con innegables aportes propios, sustentados en una vasta bibliografía. Como pudimos observar, estima que el padre de la polemología conforma una “plataforma rectora” para el estudio sociológico del fenómeno bélico.⁵⁸ Como secuela, Araújo arremete en sus conclusiones con un supuesto que recorre toda su obra y se presenta cuando analiza cada una de las presuntas causas de las guerras, lo cual deviene en un buen cierre para tan interesante libro pionero.

Las manifestaciones sociales dependen de factores numerosos e interdependientes derivados de las funciones esenciales de la vida colectiva, por lo que evocar uno o unos por separado es exponerse a dar una visión falsa de los mismos, que habría que rectificar bien pronto por la introducción obligatoria de otros, que actúan sobre los primeros. La vista de conjunto de cada estructura social interviene a cada momento rectificando la visión detallada, generalmente inapropiadamente segmentada, del factor físico, biológico, económico, político, psíquico, jurídico, moral, etc., tomado como base de explicación.⁵⁹

Para Araújo la precisión científica de la sociología para comprender la guerra no se obtiene con explicaciones unicasales y menos aún con valoraciones morales. No resulta posible alcanzarla sin conocer el fenómeno en todas sus implicancias, y este es un requisito fundamental para pensar en un sentido práctico y evitar que las futuras conflagraciones configuren una situación imprevista. Araújo procuró trabajar en tal sentido.

⁵⁸ Araújo, O.; op cit; p. 38.

⁵⁹ Araújo, O.; op cit; p. 343 y 344.